

fuera.» Fué arrojado, pero antes tuvo la osadía de tentar a Jesús, de llevarle hasta el pináculo del templo, de perseguirle con injurias, de calumniarle, de armar contra él a los poderosos de este mundo, de llenarle de insultos y desprecios, de hacerle pasar por todos los dolores y de llevarle hasta lo alto de la cruz, dondó ofreció su vida por nosotros. Son las mordeduras al calcañar, que habían sido anunciadas.

Esto en cuanto al cumplimiento de aquel primer anuncio. Pero entre el Edén y el Calvario encontramos muchos testimonios, que unen al uno con el otro, iluminando al primero y anunciando más minuciosamente el segundo. Son numerosas las profecías en que se dejó entrever la figura del vencedor y se bosquejó su fisionomía. Se dijo que pertenecería a la tribu de Judá, se concretó luego que sería un descendiente de David, se anunció que nacería de una Virgen, y se declaró que rescataría a sus hermanos a costa de sus sufrimientos. Puede verse todo esto en el capítulo II del *Génesis*, en el V de Miqueas en el VII de Isaías y en el LIII de este mismo profeta. En los Salmos de David hay muchos pasajes que sólo tienen explicación y sentido si se refieren a este liberador. Teniendo en cuenta estos textos y considerando el relato de los Evangelios, muchos de los Santos Padres no dudaron en aplicar a Cristo el oráculo del *Génesis*. Ya en el siglo II decía San Justino: «De esta Virgen nació Aquél, por quien Dios destruye a la serpiente y los ángeles y los hombres que a ella se parecen. Es verdad que grandes doctores, como Cirilo de Jerusalén, Basilio, Gregorio de Nacianzo, Cirilo de Alejandría, Juan Crisóstomo, y, entre los occidentales, Jerónimo y Gregorio Magno, parece como si ignorasen esta interpretación en sus comentarios sobre el *Génesis*; pero aun así, podemos considerar la exégesis cristológica como la más probable, y así la

consideran los comentaristas de nuestros días, que ven es el Protoevangelio una alusión directa e inmediata a la persona del Redentor, «señalado ya clara y abiertamente desde los orígenes», como se dice en la Bulla *Inaffabilis*.

Parece, sin embargo, como si la historia hubiera venido a desmentir aquellos pronósticos. Sería fácil demostrar con los hechos el odio inextinguible del diablo y de sus ángeles; nada, por el contrario, parece confirmar las enemistades de la descendencia de la mujer contra los hijos de Satanás, y menos todavía su victoria. Parece más bien como si los hijos hubieran seguido el ejemplo lamentable de la madre. Desde los comienzos no encontramos más que abdicaciones, iniquidades, pactos vergonzosos, adoraciones a las potencias del mal. La serpiente sigue realizando su obra de seducción. Ya en el *Génesis* vemos que los hijos de Eva se parecen más a un ható de vencidos que a un ejército de vencedores; y bien podemos decir que las derrotas prevalecen sobre las victorias. Un derrotado es ya el primogénito de Eva, Caín, «que era del maligno», según la afirmación de San Juan. El contagio se propaga de tal manera que el autor del *Génesis* pudo escribir estas frases: «Vió Yahwé que aumentaba el mal del hombre sobre la tierra y que cada día la inclinación de los pensamientos de su corazón le llevaban al mal... La tierra se llenaba y rebosaba de malicia... La tendencia del corazón del hombre es perversa desde su juventud.» No solamente la *Biblia*, sino todos los relatos y las tradiciones de la Humanidad primitiva vienen a confirmar el hecho de que todos los nacidos de Adán están sujetos, como su primer padre, a esa experiencia dolorosa del bien y del mal.

Hay, sin embargo, una realidad invisible que nos permite mirar la historia en un aspecto menos pesimista, y llegar a la convicción de